

“EL TONTO Y EL LISTO” UNA ACTIVIDAD CATEQUÉTICO-ETNOLÓGICA DESAPARECIDA, EN EL MONASTERIO DE LOS JERÓNIMOS DE LA ÑORA.

José Antonio Melgares Guerrero

A mi amigo Ventura Martínez Martínez asistente, en su infancia, al ocaso del “Tonto y el Listo”.

En enero de 1878, el obispo de Cartagena Diego Mariano Alguacil entregó a los jesuitas, para su custodia y a postolado en el amplio espacio de la Huerta de Murcia, el Monasterio de San Pedro de La Ñora, conocido popularmente como Los “Jerónimos”, tras el largo periodo de casi medio siglo de abandono a que estuvo sometido desde la Desamortización de Mendizabal de 1835, y la consiguiente expulsión de los frailes jerónimos, constructores y dueños del inmueble desde su erección en las primeras décadas del S.XVIII.

Con la presencia de los jesuitas concluye una época caracterizada por agresiones sin cuento no sólo al edificio sino al ajuar religioso del mismo, debidas al abandono a que se encontraba sometido y a los diversos e indignos usos a que se destinó.

También, con la presencia de los Jesuitas se instauraron nuevos modos y nuevas formas, algunas de ellas importadas de otros sitios, y otras “con denominación de origen” como la que a continuación veremos (sin precedentes ni paralelismo alguno), que iniciada en Murcia, fue exportada a otras casas de religión jesuítica dado el éxito de la misma. Sólo el “Catecismo para Moros”, escrito en forma de diálogo por Juan de Alborotado en el S. XVI, y que tanto utilizaron los jesuitas murcianos durante los primeros años de su presencia en Murcia tras la fundación

del colegio de San Esteban por el obispo Almeida, podría servir de lejano precedente al caso que nos ocupa.

Se trata de una curiosa actividad catequética surgida en el seno de la propia idiosincrasia huertana (con la que los religiosos muy pronto se identificaron) y en la que echaron profundas raíces que aún hoy permanecen en el cercano recuerdo de la memoria.

En origen, la actividad se denominaba “El Sermón del Tonto” y tenía lugar en el marco físico de la iglesia del monasterio, y en el temporal de la Cuaresma, en la tarde de cada uno de los viernes de la misma (excepción hecha del Viernes Santo).

Para la escenografía del acto se utilizaba el púlpito estable del templo, improvisándose otro, de menor envergadura, enfrente al anterior, en el propio crucero. Una y otra tribuna eran ocupadas por sendos religiosos que, previamente habían preparado el tema de enfrentamiento dialéctico sobre casos concretos de moral católica. El sacerdote “tonto”, instalado en el púlpito móvil e improvisado, preguntaba con ingenuidad al “listo” dudas basada en la casuística popular del entorno, con argumentos y vocabulario propios del hombre de la huerta. El “listo” contestaba, desde el púlpito estable, cargado de ironía, primero con respuestas básicas que motivaban no sólo la risa, sino hasta la carcajada de los asistentes, centrand

luego la atención, para cargar de inmediato con sólidas afirmaciones filosóficas y teológicas que desarmaban la tosca y rudimentaria composición de lugar del “tono”.

La temática era de lo más diversa. Unas veces basada en textos litúrgicos de la época cuaresmal y otras en casos concretos y de la actualidad social circundante, a quien iba dirigido el mensaje.

El “listo” solía concluir pidiendo perdón al “tonto” por sus ironías e incluso por sus “intentos” de ridiculización pública. A continuación bajaba del púlpito siendo éste ocupado por el “tonto”, quien pronunciaba una perfecta pieza oratoria que siempre sabía a poco y obtenía del auditorio el comentario generalizado de “...pues no era tonto”.



De esta actividad catequética cuaresmal y original, que el historiador ñorero Emilio Sánchez Baeza comenta sucintamente en su libro “La Ñora ayer y hoy” (1), derivó otra de similar naturaleza idéntica en su desarrollo que se desplazó del espacio temporal de la cuaresma a las tardes de todos los domingos del año, cuando la actividad religiosa vespertina dominical

era apenas apreciable. De esta actividad, que trascendía de lo estrictamente catequético a lo etnológico, queda como elocuente vestigio, en la residencia de los jesuitas de Murcia, el Padre José María de la Peña, quien modesta y cariñosamente se automenciona “el último tonto”, en clara alusión a su participación en lo que durante los últimos años en que se celebró esta sencilla catequesis dialogada, acabó llamándose “el Tonto y el Listo”.

Según comentó lucidamente mi comunicante, padre De la Peña, el acto tenía lugar a primeras horas de la tarde de cada domingo con afluencia masiva de gentes no sólo de La Ñora sino de ambos Javalíes, Guadalupe y caseríos cercanos muchos de los cuales portaban su propia silla, de anea, por miedo a no obtener sitio en el interior del templo. Dependiendo de la época del año el desarrollo del mismo tenía lugar dentro, en los púlpitos del crucero ya mencionado, o fuera de la iglesia, en la amplia explanada de acceso, teniendo como telón de fondo, a manera de retablo, la propia fachada. En este último caso, uno y otro padre jesuita se instalaban en los dos Valconcillos simétricos que se abren en el primer cuerpo de las dos torres que flanquean la fachada; y desde allí se preguntaba en el mismo estilo ingenuo y docto respectivamente, sin que al concluir se pronunciase sermón final como ya se ha mencionado sucedía durante la cuaresma. El acto solía durar entre una hora y hora y media, y el público asistía al mismo con verdadero deleite.

También recuerda mi nicante, padre

José María de la Peña, que con motivo de la gran afluencia popular ya mencionada, los propios del lugar aprovechaban para montar pequeños puestos de “chucherías” y hasta de productos de la tierra, tales como “garbanzos torraos”, “altramuce” y almendras y cascaruja (que se vendían el cartuchos de papel de estraza), junto a bollerías apropiadas para la merienda, que hasta allí trasladaban hábiles ciclistas que portaban en la parte delantera de un triciclo preparado a manera de escaparate móvil...y hasta carritos de helados cuyos conductores ofrecían por pocas monedas limón u horchata granizados, en vasitos de cristal que, luego de su utilización, eran devueltos y lavados en un cubo de agua común.

El Monasterio de los Jerónimos, con motivo de la escenificación semanal del “tonto y el listo”, se convertía en centro de atracción vespertina y punto de encuentro dominical de la Huerta, bajo el cálido sol del invierno o durante el largo crepúsculo estival.

Su emblemática y esbelta silueta siena emergiendo sobre los campos siempre verdes de limoneros, se divisaba y divisa desde todos los confines de la Huerta de Murcia, constituyendo una referencia obligada en el extremo opuesto del Cristo de Monteagudo. Referencia no sólo física sino religiosa, etnológica y hata toponímica o geográfica.

La escenificación del “Tonto y el Listo” acabó, como tantas otras actividades de naturaleza similar, a lo largo de los primeros años sesenta, por razones muy diversas que no es el lugar

de comentar.

Otros acontecimientos relacionados con la vida cotidiana y festiva del huertano, también tenían al Monasterio de San Pedro como marco y punto de referencia a lo largo del año natural. La celebración, por ejemplo, de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, el viernes siguiente al que sigue al Corpus Cristi, constituía la mayor concentración socio-religiosa de la Huerta, pero de ello nos ocuparemos en otra ocasión.

La recuperación por parte de la diócesis de Cartagena del vetusto y emblemático inmueble barroco, en el ocaso del S. XX y del II Milenio, es uno de los más importantes aciertos y joya que brillará con intensidad en la mitra del obispo Azagra. La instalación en él de la Universidad Católica ha devuelto el interés social a su entorno, la vida a sus claustros, la actividad intelectual a sus aulas, bibliotecas y seminarios; y la alegría y jovialidad de la juventud al espacio ambiental que lo ocupa. Con el edificio recuperado, es hora de recuperar también, su propia historia, y con ella aspectos tan importantes como los antropológicos y etnológicos, que ilustran un pasado glorioso espejo de un futuro prometedor. El antiguo y también elocuente referente del “Tonto y el Listo” bien pudiera actualizarse en nuestros días al haberse convertido el lugar en centro universitario donde la estulticia de la ignorancia se troca en sabiduría.

(1) Murcia, 1983. Pag. 221.